

"Cuando aumente la cosecha,  
y a mi Juan le paguen más,  
el señor cura echará  
sobre nosotros, ¡bendito!  
un lazo que ni el pizucas  
podrá desatar jamás".

Así pensaba Camila  
la linda muchacha fresca,  
mientras su sangre  
animaba su mirada.

Un ruido oyó en ese instante  
como de hierba al moverse,  
y creyendo era su Juan  
se volvió muy ligerita.

Al punto se sintió presa  
en los brazos del patrón  
que la estrechaba y besaba  
con una bestial pasión.

Luchando por escaparse  
de tan odiado truhán,  
la muchacha sorprendió  
entre unas matas, detrás,  
a su enamorado Juan,  
que había seguido al señor.

Con ojos de amor la miró.  
Su faz empalideció,  
y sacando su cutacha  
destazó al rico patrón.

Y claro! Hoy el pobre Juan  
descontando su condena  
allá en la isla San Lucas  
seca su carne morena.

Aquí la pobre Camila  
llora y llora sin consuelo  
marchitando su hermosura...

Yo la he visto noche a noche  
cuando hay una luna bella  
dirigirse al cafetal;  
se sienta bajo la mata  
donde enterró su ilusión,  
y busca, con su ojo triste,  
la telaraña de ensueño  
que hace diez años tejó  
entre esmeralda y rubí....

1935

TARDE

Mimosa y sensual  
se tendió la tarde  
sobre el lecho blando:  
verde zacatal

Quieta y sugestiva  
espera, rendida,  
la caricia suave  
de la leve brisa.

Y los cantos tiernos,  
cortos, musicales,  
con que la enamoran  
pájaros de invierno.

Cansada, la tarde  
se quedó dormida...  
Tendido junto a ella  
el Silencio grave.

Discreta, la noche  
bajó sus cortinas,  
y a todos los ruidos  
les puso sordina.

El Radio, 1938

Aníbal Ponce ha muerto....

(Viene de la página 296)

nocer en Aníbal Ponce un hombre de una categoría superior.

En la nueva promoción suramericana, Aníbal Ponce era uno de los más serios representantes. Desde los 17 años se desveló por ideas y conceptos que no tenían nada que ver con la ambición personal, ni siquiera con la vanidad. Desde esa temprana edad se enfrentó a la maldad de las clases dominantes, combatió la injusticia, instigó a los hombres a pisar terreno nuevo, adelantar un pie en su tarea. Nunca lo llevó la ambición sino la fe. Enorme fe en el triunfo de la justicia, en la reinvidicación de aquellos educados en la miseria de las fábricas, engañados por la prédica de los falsos apóstoles. Sostenido por esta fe atacó siempre lo feo, y lo innoble, y lo atacó valientemente, esgrimiendo sus ideas con lógica inflexible. Hasta el último instante conservó esta heroicidad. Murió tranquilo, en la calma y la alta confianza de haber empleado bien su vida. Cuando conoció a José Ingenieros, no tardó en comprender y admirar al maestro. Juntos rieron del impostor, de la seriedad de los Pachecos, de los tontos y con los tontos. Aprendió a analizar con sonrisa piadosa a los políticos de su tierra, a usar el escalpelo de la psiquiatría para autopsiar sin pasión la "grandeza" de los suramericanos. Hasta que harto de juzgar las mediocridades del "hispanoamericanismo zarzuelero", volvió los ojos hacia los grandes maestros y las grandes rutas, hacia los humildes, los trabajadores, hacia los oprimidos por los sistemas o por la ignorancia.

En Francia, su país preferido, respiraba su alegría y su optimismo a plenos pulmones. Infatigable se le veía en las salas de conferencias y en las aulas universitarias, en los círculos literarios y en los clubs del *faubourg*, hurgando

ideas, aquilatando hombres. En 1935 fue comisionado para investigar las matanzas de Asturias, allí vió los resultados de la lucha a muerte librada contra la reacción feudal representada por el fascismo. Luego visitó Rusia. Ese año regresó de Europa, más intensa la curtidura palidez de su piel, cargado de honores que ocultaba celosamente, con el pudor del que nunca se empujó para alcanzarlos.

En su amado Colegio Libre de Estudios Superiores, en sus otras cátedras, exponía sus nuevas observaciones, simplemente, enamorado de la claridad, desechando todo lo fútil, rehusando siempre representar la comedia de la inteligencia.

Profesor, ante todo guía de estudiantes y obreros, en la tribuna se revestía de seriedad, consciente de la trascendencia de su misión. Todos recordamos aquella conferencia sobre España en la cual señalaba la maldad secular de las clases dominantes españolas y de los ciegos servidores: Ejército, Policía, Guardia Civil, Carceleros, Nobleza y prestamistas. Luego la vimos publicada en "Dialéctica" (el libro siguió casi siempre a la expresión verbal). Bajando del pupitre de profesor recobraba el aire retozón y bromista, la eterna sonrisa que trajo a México desde la Argentina, que no perdió al ser prontuariado por las autoridades policíacas de Buenos Aires, que mantuvo frente a los encargados de sembrar odios y fecundarlos con sangre, los brazos de los dictadores que afirman inconscientes, las opiniones de conciencia fuerte y sana. Esa sonrisa que no perdió en los ocho días que siguieron al estúpido accidente de automóvil que le costó la vida. Ocho días de sufrimiento que ocultaba el gesto despreocupado con que recibía a discípulos y amigos en la cama del hospital.—Bajamos,

compañeros, bajamos—dijo estrechando las manos fraternas de Silva Herzog.

A los que venían a entretener en él una última esperanza de vida y que insistían en quedarse a su lado, presintiendo el fin de un momento a otro, les aconsejaba: "Váyanse a descansar. Tienen tiempo hasta mañana a las ocho, en que me despediré de ustedes".

Sólo al acercarse la hora suprema, al disponer lo que se debía hacer con sus libros inéditos, pareció ascender a la augusta misión de su cátedra; su rostro se cubrió de seriedad. Se trataba de la publicación de sus trabajos, el fruto de sus últimos esfuerzos. Quería que aprovecharan sus discípulos, sus amigos, todos aquellos que lo siguieron fervorosamente por conocer la verdad de su prédica, al margen de los partidos políticos, y por saber aquilatar la humana grandeza de su corazón.

Si la muerte deja a nuestro mundo tan estúpido y mal como lo encontró Aníbal Ponce tiene bien ganado el derecho de repetir las palabras de Sarmiento, uno de los pocos hombres que conquistó su respeto en Argentina. "El día en que echen la última retreta podrán decir en justicia: Acompañad un cadáver; pocas veces tributaréis a un argentino honores tan merecidos".

F. C. DEL P.

Con el Doctor Azuero

A propósito de la entrada triunfal del héroe que había vencido a la naturaleza sobre las cumbres desoladas de los Andes, O' Leary recuerda la delicada posición del doctor Vicente Azuero ante el Libertador: se le acusaba de fraudes! Y alguien que no estuviera al tanto del incidente desagradable, podría crear que O'Leary ejercía venganzas años más tarde, cuando ya Bolívar era de la Historia; pero no, el hecho fué algo más desagradable de como lo recuerda el autor de las Memorias: el doctor Vicente Azuero arengó al Libertador y entre otras frases ardientes, le endilgó estas palabras: "¡Hombre singular! Nada hay comparable a vuestro mérito. Aníbal, abandonado de su patria y buscando en reinos extraños los medios de presentarla: Cincinato y Fabricio, abdicando la omnipotente dictadura: Trasíbulo y Pelópidas, despedazando las cadenas de sus conciudadanos,—no igualaron vuestro valor, vuestra constancia, vuestra moderación..." Y Bolívar contestó, acaso para castigar lo de los fraudes: "Ilustre y grande orador. El héroe que has descrito no soy yo. Procura tú imitarlo, y yo lo admitaré."

(La cita es de Diego Carbonell, en su libro *General O'Leary, íntimo* Caracas, 1937).

Con la CENTRAL DE PUBLICACIONES S. A.  
Avenida Juárez, 4. Apartado 2430. México.  
D. F. México. Tels. Eric. 2-59-75 y 208-38  
Méx. L-94-30, consigue Ud. este semanario.

Con BERMA  
Libros., La Habana, Cuba. Tel. F. 2660  
consigue Ud. este semanario.

La Suscripción a este semanario,  
o números sueltos, los obtiene Ud.  
en la

LIBRERIA CHILENA  
Bajos del Raventós